Miguel Ángel Oviedo Valencia



Gracias a la confianza, que muchas personas pusieron en el lanzamiento de mi primer libro "Poesía en Vivo", me he sentido animado a publicar este que tenéis en vuestras manos, lo tenía escrito desde hacía tiempo y, aunque no sea del mismo género literario espero os agrade.

Gracias, a mi extensa y querida familia a la que siempre tengo presente y cuyos componentes son el motor de mi vida.

A mis amigos, que aunque son pocos, son de lo mejor que se puede tener en el mundo, en especial a Belén González Sanz, sus hermanos, Lucía González Sanz, Nacho González Sanz y su hija Silvia, a Carlos Moreno Rueda, (mi mejor amigo) y su hermano Ángel Moreno Rueda, Raúl Martínez Novais, Borja López Bergas y a Miguel Rodríguez García. Como no, también a Juan Manuel Bohigas Lozano al que aprecio enormemente y no pueden faltar dos amigos a los que quiero muchísimo aunque no vivan aquí, Roke y Miriam de Ávila. Un abrazo muy fuerte para todos.

A mi padre, que, aunque no se encuentra a mi lado, se encuentra y se encontrará en mi corazón durante todos los días de mi vida. Te quiero Papá.

A mi madre, que desde que era pequeño y hasta la actualidad, me ha dado y me da todo lo que necesita un hijo, Amor, y muchas otras cosas que quizás no son tan necesarias.

Un enorme agradecimiento a mi hermana Gema Oviedo y a un estupendo chico `Raúl Castelo´, que se han encargado de realizar las tan bellas ilustraciones de que consta este libro, en un tiempo récord.

Y por último, a una buena amiga de mi hermana `Alba Torres', por las maravillosas ideas que nos ha ido aportando en alguna de las ilustraciones realizadas, Estoy profundamente agradecido.

EL INSPECTOR WINSPOLE

Miguel Ángel Oviedo Valencia



Ediciones Albores

EL INSPECTOR WINSPOLE
1ª Edición: Sevilla a 20 de Septiembre de 2022
Ilustraciones realizadas: Raúl Castelo Sayar, María Gema Oviedo Valencia y Alba Torres Treceño
©Copyright de la obra: Miguel Ángel Oviedo Valencia
©Copyright de la edición: Ediciones Albores
Email: info@edicionesalbores.com
ISBN: 978-84-19385-23-9
Depósito Legal: SE 1738-2022

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

I.-EL INSPECTOR WINSPOLE EN EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR KRAMER

Un sobrecogedor y espeluznante grito se oyó en la profundidad de las tinieblas. Sí, era un grito ahogado como de mujer, y aquél grito erizó hasta el último pelo de Cárdigan, un joven y solícito agente que hacía su ronda nocturna en la pequeña ciudad de Nordfold.

De nuevo volvió a sonar otro grito aterrador y el joven agente no pudo contener su débil corazón que latía a una velocidad de vértigo. El miedo empezaba a adueñarse de él. Llovía y la niebla era densa, por lo que la noche se sentía fría y lóbrega. Su cuerpo estaba empapado y le era difícil caminar en tan extremas condiciones.

—¿Qué habrá sido eso? —se preguntó el agente lleno de pavor.

El agente paseo por las calles buscando el lugar de donde podría proceder tan terrible grito, sin poder imaginar que descubriría algo que le dejaría helado e incapaz de articular ningún movimiento.

Algunos metros más allá de donde se encontraba, algo parecido a un cuerpo humano se hallaba tendido en el suelo de forma bastante extraña. Era un bulto de considerable proporción.

El agente con un ímprobo esfuerzo logró mover sus entumecidas piernas y se dirigió paulatinamente hacia el bulto. Pronto llegó a poca distancia y, sin querer dar un paso más, sacó con temor una no muy grande linterna que llevaba en su bolsillo para enfocar la luz hacia lo que yacía, en apariencia

inerte, sobre el desnudo y mojado suelo. Sus ojos quedaron desencajados y fuera de sus órbitas, sus manos temblaban de frío y horror al poder contemplar de lo que se trataba: era una mujer con el cuerpo ensangrentado y el cuello destrozado hasta estar separado casi por completo de su hermoso y joven cuerpo.

—"¡Qué horror! —pensó—, ¿quién puede haber hecho una cosa así?"

En aquel preciso instante la niebla se disipó y dejó ver una hermosa y radiante luna llena que con su luz iluminaba lo cruel de la escena. El cuello presentaba hendiduras como si le hubiesen clavado unos afilados y agudos dientes.

En su profesión, como agente, había visto numerosos asesinatos y a sus víctimas, pero ninguna presentaba un aspecto tan deplorable como esta. Parecía la obra de un verdadero psicópata. En aquel momento pensó que quien hubiera hecho obra tan atroz, podría encontrarse muy cerca de allí y, acosado de un terrible miedo, sopló su silbato que siempre llevaba sobre su pecho encima de su bonita camisa azul de policía.

Casi de inmediato, acudieron dos agentes más a aquel lugar y no pudieron contener una mueca de dolor y espanto al poder vislumbrar tan terrorífica e impactante visión.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé —dijo el primer agente—, escuché un grito desgarrador y busqué rápidamente, hallando a esta muchacha con aspecto tan perturbador.

—¿Quién será el autor de tan macabro crimen? —dijo uno de los agentes.

—Lo cierto es, —contestó Cárdigan— que tiene muestras en todo su cuerpo que indican que lo que la ha atacado ha sido algo parecido a una bestia hambrienta.

—Está bien agente Cárdigan, tapémosla con una manta y llevémosla al depósito de cadáveres. Mañana pondremos este caso en manos del inspector Winspole y él decidirá qué es lo que debe hacerse.

A la mañana siguiente el agente Cárdigan se encontraba en el despacho del Inspector Winspole, famoso en todo el mundo por su gran sagacidad para resolver los casos más extraños que le encomendaban.

—Cuénteme Cárdigan, ¿Cómo sucedió todo? —preguntó el inspector Winspole mientras encendía una gran pipa de color marrón.

El inspector era un joven de unos treinta años de edad, con unos largos bigotes negros a juego con su pelo y una amplia sonrisa.

El agente le contó el terrible grito que había escuchado y todo lo demás. Después dijo dando su opinión:

—Desde mi punto de vista, inspector, creo que una bestia fue lo que atacó a esa mujer, ya que su aspecto era terrible.

—Muy bien Cárdigan —dijo Winspole—, lléveme al lugar en donde se encuentra el cuerpo.

Cárdigan salió con el inspector y le llevó al depósito de cadáveres, una vez allí le mostró el cuerpo destrozado de la muchacha.

El Inspector Winspole guardó su pipa y sacó una pequeña lupa que guardaba en uno de sus bolsillos.

Después, acercándose a la muchacha, la examinó con detenimiento. Presentaba múltiples magulladuras y profundas hendiduras cubiertas de sangre seca. El cuello se encontraba desgarrado y solo se sujetaba al cuerpo por un pequeño extremo.

—Esto es terrorífico —dijo el inspector mientras examinaba minuciosamente cada rincón del cuerpo.

De repente, vio en una de las hendiduras algo que sobresalía e intento sacarlo. Al no conseguirlo pidió unas pinzas. Cuidadosamente extrajo el extraño objeto, una vez fuera pudieron comprobar que se trataba de un afilado diente.

—Está claro —dijo Winspole—, que algo le desgarró el cuello, mordiéndole brutalmente como usted suponía. Ahora queda descubrir quién fue el asesino.

Entonces, dirigiéndose a Cárdigan le dijo:

—Usted no deje de hacer sus guardias y si ve algo extraño comuníquemelo inmediatamente.

—Muy bien inspector —dijo el agente—. ¿Quiere algo más de mí?

—No agente. Por ahora no, puede marcharse. Aunque dígame Cárdigan: ¿encontró algo de valor que llevara la muchacha?

—No inspector —contestó el agente—. No llevaba nada a no ser que lo que llevase le fuera sustraído.

—Muy cierto Cárdigan, muy cierto. Puede retirarse.

El agente se marchó y el inspector Winspole quedó examinando unos minutos más el cuerpo, pero no halló nada de mayor interés.

Después se marchó y fue a examinar el lugar del crimen.

Se observaba un gran círculo rojo de sangre que había quedado seca sobre el asfalto y una de las paredes aparecía también salpicada. El inspector se agachó y examinó el suelo minuciosamente por si pudiera haber dejado alguna huella el autor del crimen.

En aquel momento exclamó para sí:

—¡Ajá, aquí hay unos arañazos bastante extraños! —y tomando su lupa observó unas muescas como si se tratara de la marca dejada por una garra—. Seguramente en uno de los ataques la muchacha logró esquivar lo que fuese y su garra rozó el suelo haciendo en él una profunda huella.

Winspole miró con cuidado la huella y halló un trocito pequeño como de uña. La extrajo de una de las hendiduras y la metió en una bolsita de plástico.

Después paseó alrededor de aquel lugar por si lograba encontrar algo más y, en efecto, halló otra pequeña cosa cerca de una de las paredes: era una bolsita de color oro. Se acercó, la cogió y, al agacharse, vio otras dos pequeñas bolsitas doradas muy cerca de la primera y también las recogió.

Después abrió su mano y al ver lo que tenían las bolsitas se quedó un tanto perplejo. Se trataba de tres pepitas de oro que debían valer muchísimo a pesar de su minúsculo tamaño.

Cogió otra bolsita de plástico y, mientras las introducía, observó algo marrón sobre el suelo, cerca de donde había tomado las bolsas de las pepitas.

Era un pequeñísimo trozo de tela, como si perteneciera a un saco. Entonces pensó:

—"La chica debía llevar un saco marrón y al serle arrebatado por quien la mató, este debió rasgarlo haciendo caer al suelo estas tres bolsas de pepitas. Bueno, ahora ya sé que el motivo del crimen no es el propio crimen, sino el de llevarse lo que la chica tenía en sus manos, es decir, el saco. Enviaré la muestra de uña a un laboratorio para que la analicen y mientras daré una vuelta por las tascas de la ciudad por si puedo enterarme de algo interesante".

Así pues, tras mandar a analizar la uña, marchó tasca por tasca y en una de ellas escuchó una conversación que prometía ser de interés, a unos muchachos que se hallaban sentados tras una mesa y que hablaban amigablemente.

—Pues sí —dijo uno de ellos—, mi hermana ha encontrado oro en aquellas ruinosas minas que todo el mundo daba como terminadas de explorar. Encontró una nueva veta, extrajo un saco entero de pepitas de oro y aún queda oro en gran cantidad.

—Menuda suerte, muchacho. Os habéis hecho ricos de la noche a la mañana —dijo uno de los compañeros.

El inspector Winspole se acercó a la mesa e interrumpió la conversación de los muchachos presentándose hacia el protagonista de esta.